



# Uno

**SCARLET DESCENDÍA HACIA EL CALLEJÓN DETRÁS DE LA TABERNA RIEUX** cuando en el asiento del copiloto su pantalla se puso a repicar y enseguida una voz automática anunció: “Comunicado para *mademoiselle* Scarlet Benoit de Personas Desaparecidas del Departamento de Seguridad de Toulouse”.

Con un vuelco del corazón, viró apenas a tiempo para evitar que la nave derrapara a estribor contra el muro de piedra, y accionó los frenos antes de detenerse por completo. Scarlet apagó el motor al tiempo que alcanzaba la pantalla abandonada. Su pálida luz azul destellaba en los controles de la cabina.

Habían descubierto algo.

La policía de Toulouse debía de haber descubierto algo.

“¡Acepto!”, gritó, prácticamente estrujando el aparato entre sus dedos.

Había estado esperando una videollamada del detective asignado al caso de su abuela, pero todo lo que recibió fue una transmisión en texto simple.

28 AGO 126 T.E.

RE: CASO # AIG00155819, PRESENTADO EL 11 AGO 126 T.E  
MEDIANTE ESTE COMUNICADO SE INFORMA A SCARLET  
BENOIT, DE RIEUX, FRANCIA, EF, QUE SIENDO  
LAS 15:42 DEL 28 DE AGO 126, EL CASO DE LA(S)  
PERSONA(S) DESAPARECIDA(S) MICHELLE BENOIT, DE  
RIEUX, FRANCIA, EF, HA SIDO DESESTIMADO DEBIDO  
A LA FALTA DE EVIDENCIA PROBATORIA DE VIOLENCIA  
O ACTO CRIMINAL. CONJETURA: LA(S) PERSONA(S) SE  
FUE(ON) POR VOLUNTAD PROPIA Y/O SUICIDIO.  
CASO CERRADO.

AGRADECEMOS SU APOYO A NUESTROS SERVICIOS DE  
INVESTIGACIÓN.

Al comunicado le seguía un anuncio de la policía en video, recordando a todos los pilotos de naves repartidoras que siguieran las instrucciones de seguridad y utilizaran sus arneses siempre que los motores estuvieran en marcha.

Scarlet se quedó mirando la pequeña pantalla hasta que las palabras se transformaron en una estridente nebulosa en blanco y negro y el suelo bajo la nave pareció abrirse. El panel de plástico del soporte de la pantalla crujió en su mano apretada.

“Idiotas”, bufó en la nave vacía.

Las palabras **CASO CERRADO** se burlaron de ella.

Soltó un grito gutural y azotó la pantalla contra el tablero de control de la nave, deseando que se deshiciera en fragmentos de plástico, metal y alambre. Luego de tres golpes sólidos, la pantalla solo parpadeó medio exasperada. “¡Idiotas!” Arrojó la pantalla al suelo, frente al puesto del copiloto, y se hundió en su asiento, enrollándose los rizos en sus dedos.

El arnés se le hundió en el pecho, ahogándola de repente, así que soltó la hebilla y al mismo tiempo abrió la puerta de una patada, casi cayéndose en las sombras del callejón. El olor de la grasa y el whisky procedente de la taberna casi la asfixió mientras respiraba agitadamente, tratando de racionalizar las cosas para escapar de la ira.

Iría a la estación de policía. Era demasiado tarde para ir ahora; mañana entonces. Temprano por la mañana. Actuaría de manera calmada y lógica y les explicaría por qué sus suposiciones eran erróneas. Haría que reabrieran el caso.

Scarlet deslizó su muñeca sobre el escáner junto a la escotilla de la nave y luego tiró con más fuerza de la que requería la hidráulica para liberarla.

Le diría al detective que debía seguir buscando. Haría que la escuchara. Le haría entender que su abuela no se había ido por voluntad propia y, lo que era aún más seguro, *no* se había matado.

Media docena de contenedores llenos de vegetales de huerta estaban amontonados en la parte trasera de la nave, pero Scarlet apenas si los miró. Se encontraba a kilómetros de distancia, en Toulouse, planeando la conversación en su cabeza. Echando mano hasta de la última gota de persuasión, hasta del último gramo del poder de argumentación que tenía. Algo le había ocurrido a su abuela. Algo andaba mal, y si la policía no continuaba indagando, llevaría el caso a la corte y vería cómo a todos y cada uno de los detectives cabezas de chorlito les retiraban sus insignias para que nunca más volvieran a trabajar y...

Tomó un jitomate reluciente en cada puño, giró sobre sus talones y acribilló el muro de piedra con ellos. Los tomates salpicaron un reguero de jugo y semillas sobre los montones de basura que esperaban turno para ir a parar al compactador.

Se sintió bien. Tomó otro, recordando las dudas del detective cuando trató de explicarle que desaparecer *no* era un comportamiento

normal de su abuela. Se imaginó los tomates impactando contra su pequeña y engréida...

Una puerta se abrió de par en par justo cuando el cuarto tomate era destruido. Scarlet se quedó inmóvil cuando ya estaba a punto de tomar el siguiente, y el dueño de la taberna se apoyó contra el marco de la puerta. El rostro estrecho de Gilles relucía mientras estudiaba el batidillo anaranjado que Scarlet había dejado en un costado de su edificio.

—Más vale que esos no sean *mis* tomates.

Ella retiró la mano del contenedor y se la limpió en los vaqueros manchados de tierra. Podía sentir el calor emanando de su cara, el golpeteo errático de su pulso.

Gilles se secó el sudor de la cabeza casi calva y le lanzó una mirada fulminante. Su expresión habitual.

—¿Y bien?

—No eran los tuyos —murmuró. Y era cierto: técnicamente le pertenecían a ella mientras él no los hubiera pagado.

Él gruñó.

—Entonces solo descontaré tres univs para que alguien limpie este desorden. Ahora, si ya terminaste la práctica de tiro al blanco, quizá podrías dignarte a traer algunos de esos. Hemos estado sirviendo guarnición de lechuga marchita durante dos días.

Se metió de nuevo en el restaurante, dejando la puerta abierta. El ruido de los platos y las risas se desparramó en el callejón, bizarro en su normalidad.

El mundo de Scarlet se derrumbaba a su alrededor y nadie se daba cuenta. Su abuela estaba desaparecida y a nadie le importaba.

Se volvió hacia la escotilla y tomó por los bordes el contenedor de tomates, aguardando a que su corazón dejara de golpetear detrás de su esternón. Las palabras del comunicado todavía bombardeaban

sus pensamientos, pero estos empezaban a aclararse. Aquella primera oleada de violencia se quedaría atrás, pudriéndose con los tomates destrozados.

Cuando pudo tomar una bocanada de aire sin que sus pulmones se convulsionaran, colocó el contenedor sobre el de las papas rojas y sacó ambos de la nave.

Los cocineros la ignoraron mientras ella evadía el chisporroteo de las sartenes, abriéndose paso hasta el fresco depósito. Vacío los contenedores en las repisas que habían sido rotuladas con marcador, raspadas y rotuladas de nuevo una docena de veces a lo largo de los años.

—¡*Bonjour*, Scarlinda!

Scarlet se volvió, apartándose el cabello del cuello sudoroso.

Émilie le sonreía desde la puerta, con los ojos brillantes de quien guarda un secreto, pero retrocedió cuando vio la expresión de Scarlet.

—¿Qué...?

—No quiero hablar de ello.

Pasando junto a la mesera, se dirigió de vuelta a la cocina, pero Émilie emitió un sonido desdeñoso desde fondo de la garganta y se fue trotando detrás de ella.

—Entonces no hables. Solo me alegra que estés aquí —dijo, tomando a Scarlet del codo mientras se escabullían de regreso al callejón— porque él ha vuelto.

A pesar de los angelicales rizos rubios que rodeaban el rostro de Émilie, su sonrisa sugería pensamientos maliciosos.

Scarlet se zafó, levantó un contenedor de nabos y rábanos y se lo pasó a la mesera. No respondió, incapaz de interesarse en quién era él y por qué era tan importante que hubiera regresado.

—Eso es fantástico —dijo al fin, llenando una canasta con cebollas rojas de cáscaras como papel.

—No te acuerdas, ¿verdad? Vamos, Scar: el peleador callejero de

quien te estaba contando la otra... Oh, a lo mejor se lo dije a Sophia.

—¿El peleador *callejero*? —Scarlet entrecerró los ojos mientras un dolor de cabeza comenzaba a punzarle en la frente—. ¿*En serio*, Ém?

—No seas así. ¡Es un encanto! Y esta semana ha venido casi todos los días y se ha estado sentando en mi sección, y eso definitivamente significa algo, ¿no crees? —como Scarlet no dijo nada, la mesera puso el contenedor en el suelo y rebuscó en el bolsillo de su delantal para sacar un paquete de goma de mascar—. Siempre está muy callado, no como Roland y su gente. Creo que es tímido... y solitario.

Se echó una barrita de goma de mascar en la boca y le ofreció otra a Scarlet.

—¿Un peleador callejero que parece tímido? —Scarlet rechazó el chicle con un gesto—. ¿Estás escuchando lo que dices?

—Tienes que verlo para entender. Tiene unos ojos que simplemente... —Émilie se abanicó la sien con la mano, fingiendo un golpe de calor.

—¡Émilie! —Gilles reapareció en la puerta—. Deja de mover la boca y ven acá. Te buscan en la mesa cuatro —fulminó a Scarlet con la mirada, una advertencia silenciosa de que seguiría descontando univs de su cuenta si no dejaba de distraer a sus empleados, y luego volvió al interior sin esperar respuesta. Émilie le sacó la lengua a sus espaldas.

Apoyando la canasta de las cebollas contra su cadera, Scarlet cerró la escotilla y pasó rozando a la mesera.

—¿La mesa cuatro es él?

—No, está en la nueve —refunfuñó Émilie, alzando el cargamento de tubérculos. Mientras cruzaban de nuevo la cocina llena de vapor, Émilie dio un grito ahogado—: ¡Ay, pero qué tonta! Toda la semana he querido mandarte un comunicado para preguntarte por tu *grand-mère*. ¿Hay alguna novedad?

Scarlet apretó la mandíbula; las palabras del comunicado zumbaban como avispas en su cabeza. *Caso cerrado*.

—Nada nuevo—dijo, y luego dejó que la conversación se perdiera en el caos de los cocineros gritándose unos a otros por encima de la barra.

Émilie la siguió hasta el depósito y dejó su carga. Scarlet se concentró en reacomodar las canastas antes de que la mesera pudiera decir algo optimista. Émilie intentó la típica frase de consuelo “Procura no preocuparte, Scar. Regresará”, antes de volver a la taberna.

A Scarlet estaba empezando a dolerle la mandíbula de tanto rechinar los dientes. Todo el mundo había hablado de la desaparición de su abuela como si fuera un gato extraviado que pudiera regresar a casa cuando le diera hambre. *No te preocupes. Va a regresar.*

Pero había estado ausente más de dos semanas. Simplemente había desaparecido, sin enviar ningún comunicado, sin despedirse, sin previo aviso. Se había perdido el cumpleaños dieciocho de Scarlet, aunque la semana anterior había comprado los ingredientes de su pastel de limón favorito.

Ninguno de los peones del campo la había visto partir. Ninguno de los androides trabajadores había grabado nada sospechoso. Había dejado su pantalla, aunque esta no ofrecía ninguna pista en los comunicados archivados, el calendario o el historial en la red. Su partida era bastante sospechosa. Nadie va a ningún lado sin su pantalla portátil.

Pero la pantalla abandonada o el pastel sin hacer no eran lo peor.

Scarlet también había encontrado el chip de identidad de su abuela.

Su *chip de identidad*. Envuelto en un paño manchado de rojo por su sangre en la mesada de la cocina.

El detective dijo que eso es lo que hace la gente cuando huye y no quiere ser localizada: se abre la piel y se extrae el chip de identidad. Lo dijo como si acabara de resolver el misterio, pero Scarlet supuso que la mayoría de los secuestradores probablemente también conocían el truco.